modo ó de otro. Si se mantenían tranquilos, no les molestaba; pero á la menor cosa que hicieran contra el Parlamento, su mano pesaba sobre ellos, imponiéndoles multas y haciéndolas efectivas sin contemplaciones.

Esto era muy duro y sumamente desagradable para Cromwell, que á nadie perdonaba, tanto que ni los lazos de familia, ni las antiguas amistades le hacían cambiar de conducta. La causa común era para él lo primero, y quería servirla fielmente.

De este modo pasaron los meses de invierno de 1642 á 1643, hasta que en el Norte y en el Oeste comenzaron á desarrollarse acontecimientos que exigían los servicios de Cromwell y de sus tropas. La primavera de 1643 fué muy triste para los puritanos: el príncipe Ruperto hacía incursiones en varios condados; Sir Ralf Hopton acosaba de cerca en el Oeste á Lord Stamford; y el marqués de Newcastle hacía retroceder á los Fairfax en el Norte lentamente, pero con seguridad. La balanza no se hubiera inclinado, sin embargo, de tal suerte en favor del rey si no hubiese sido por la falta de actividad del comandante en jefe elegido por el Parlamento, el conde de Essex, que estaba en Wíndsor con un considerable ejército sin hacer nada. En vano los individuos del Parlamento, conducidos por John Hampden, instaron para que dicho jefe avanzara sin pérdida de tiempo contra Ruperto para combatirle y poner término á sus incursiones; Essex no quiso escuchar tal consejo, y se empeñó en mantenerse á la defensiva en Wíndsor, guardando la ciudad de Londres, á la manera del perro guardián que se contenta con ladrar delante de su garita mientras los ladrones saquean la casa. Sin embargo, no era cobarde; pero creyó que la acción agresiva por su parte hubiera malogrado ciertas negociaciones para la paz con Carlos, que entonces se seguían lentamente en Oxford.

Cualesquiera que fuesen las razones particulares de Essex para proceder así, el caso es que su conducta tuvo desastrosas consecuencias. En todas partes, excepto en los Condados Orientales, los realistas recobraron nuevos bríos, comenzando á considerarse como dueños de la situación. Los parlamentarios empezaban á perder la fe y la esperanza; y cuando llegó el verano, los acontecimientos que se siguieron rápidamente produjeron una crisis, obligando á Cromwell á salir del campo de acción en que hasta entonces se había mantenido, y poniéndole frente á frente de todos los peligros de la situación y ante los caballeros de Newark, de Stamford en Lincoln, y por último ante el magnífico ejército de Newcastle, contra todos los cuales había de combatir.

CAPITULO V

El peligro que amenazaba á la causa del Parlamento en la primavera del 1643 se extendía como el incendio de una pradera, que no habiendo sido cortado cuando era de reducidas proporciones, se propagaba más allá de sus límites. En el Norte era donde la conflagración parecía más temible, y hacia aquel punto fué enviado Cromwell.

Llevaba á sus órdenes su propio regimiento de arcabuceros, algunas piezas de artillería y otras tropas obtenidas de las levas de Lincoln. El total de sus fuerzas era de mil á mil quinientos hombres.

En rigor, aquellos regimientos estaban bajo las órdenes de Lord Grey de Wark, jefe del ejército de la Asociación Oriental; pero en la práctica Cromwell dirigía sus propios asuntos, y aunque trató de cooperar lealmente con su jefe superior cuando se ofrecía oportunidad para ello, y aconsejaba siempre la concentración de fuerzas, nunca operaron los dos juntos y á la vez, y todas cuantas acciones allí se libraron contra los partidarios del rey fueron obra de la acción independiente de Cromwell.

La misión de Cromwell, que tenía por objeto arrojar á los realistas del condado de Lincoln y unirlo con los Condados Orientales, fué de imposible realización durante muchos meses; mas en los medios que puso en práctica para llevarla á cabo, en la experiencia que adquirió y en la reputación que obtuvo como jefe de caballería se debe buscar la explicación del último triunfo de la causa puritana.

En aquellas regiones era muy alarmante la situación á fines de abril de 1643. El marqués de Newcastle, buen militar aunque hombre indolente, había burlado los esfuerzos de los Fairfax, que mandaban el ejército del Parlamento en el condado de York; después introdujo considerables fuerzas en Lincoln y puso una fuerte guarnición en Newark, centro desde el cual las partidas de caballeros recorrían el país en todas direcciones, hasta que sólo le quedaron al Parlamento algunas ciudades fortificadas en todo el condado de Lincoln. Para mayor disgusto de los puritanos, la reina, que había comprado grandes cantidades de municiones empeñando en Holanda las joyas de la corona, había desembarcado en el Norte, donde hacía prosélitos para el rey, despertando el entusiasmo entre los

católicos. En toda la parte del país más inmediata á la campiña era muy numeroso el partido realista, y Newcastle esperaba tan sólo al parecer un movimiento definitivo por parte del rey y una victoria decisiva sobre los Fairfax, para marchar á Londres, atravesando los Condados Orientales.

El problema que debía resolverse, como lo reconoció la Asociación al enviar á Cromwell con su puñado de hombres á reforzar los diseminados regimientos y la guarnición del abatido condado de Lincoln, se reducía á retardar el avance de Newcastle, ó por lo menos simular un vigoroso ataque para aliviar la crítica situación de Lord Fairfax. Cromwell vió desde luego que la única manera de hacerlo con buen éxito consistía en apoderarse de Newark á toda costa. Mientras esta ciudad pudiera conservar su guarnición de más de mil hombres con abundantes víveres y municiones, sería una amenaza para todos los habitantes pacíficos, pues en una extensión de treinta millas á la redonda no había medio de establecer ninguna línea defensiva en Lincoln para evitar el avance de Newcastle por los Condados Orientales. Las demás ciudades podían tomarse y volverse á perder, pero ninguna era tan importante como Newark, ni ofrecía tan buena base para los abastecimientos, así como ninguna otra plaza fuerte era tan propia para tener en ella un considerable número de tropas.

Los deseos de Cromwell en este punto y las dificultades con que tropezó para satisfacerlos se indican claramente en una carta que dirigió «Al honorable Comité de Lincoln,» con fecha 3 de mayo de 1643. Digamos de paso que este Comité tenía la misma organización que el de los Condados Orientales; mas por falta de medios y por causa de la dificultad que significaba el estar en poder de los realistas la ciudad de Newark, fuéle imposible mantener el condado libre de enemigos, aunque no por esto dejó de trabajar organizando algunas tropas que utilizó después Cromwell con ventaja en sus campañas. He aquí la carta:

«Señores y caballeros: Apenas debéis pensar en mí, porque aún soy mensajero de malas noticias al anunciaros nuevas dilaciones, por más que estoy deseando auxiliaros con toda la prontitud posible.

»Lord Grey me ha faltado de nuevo á la cita en Stamford, aunque así él como yo recibimos cartas de Su Excelencia, lord Essex, ordenándonos que acudiéramos á dicho punto, y juntamente con las fuerzas de Sir John Gell y de Nottingham nos reuniéramos con vosotros. Lord Grey me envió á Sir Edward Hartop para decirme que no podía verme en Stamford según habíamos convenido, porque temía dejar á Leicéster expuesto á los ataques del enemigo.

»En mi concepto, más provechoso sería, antes de ocuparse de Leicéster, operar desde luego en el campo con nuestras fuerzas para llevar á cabo los fines comunes. En su consecuencia, cuando vea á lord Grey, se lo diré así; le he indicado otro punto para la conferencia, que ha de ser mañana mismo, y creo que no faltará. Si juzgáis oportuno enviar un mensajero que tome parte en la entrevista, podrá influir mucho para que se adopte mi plan, que consiste en avanzar rápidamente sin vacilación, con Sir John Gell y las demás fuerzas, para que nos encontremos todos en un punto de reunión general á fin de realizar el objetivo que ya sabéis (el sitio de Newark). Entonces quedaréis del todo satisfechos de

Guillermo Cavendish de Newcastle

mi integridad; pero si ningún hombre os ayuda, yo no dejaré de hacerlo, mediante el auxilio de Dios.

»Si pudiéramos concentrar todas las fuerzas, marchando con la mayor rapidez posible á Grantham, que sería el punto de reunión general, creo que obtendríamos buen resultado. Yo me dirigiré hacia allí, y vuestro concurso podrá apresurar probablemente el resultado, sobre todo obrando yo bajo las órdenes de mi jefe principal. Nuestras fuerzas de Norfolk, que no serán tantas como

imagináis, es decir, seiscientos ó setecientos hombres, estarán convenientemente situadas en Spalding, y confío en poder hallarme en Grantham para la reunión general.

»No necesito molestaros más; pero rogando á Dios que haga desaparecer las dificultades que se oponen á nuestra concentración, y que favorezca nuestros designios, se ofrece de vosotros vuestro fiel servidor

»OLIVERIO CROMWELL.»

Los primeros días de mayo fueron muy angustiosos para Cromewll, pues una y otra vez trató de inducir á los demás jefes del ejército del Parlamento á ir á Lincoln á fin de hacer un supremo esfuerzo para anonadar á su poderoso enemigo; pero jamás pudo conseguir su objeto. La verdad es que los coroneles de aquellos regimientos temían demasiado los ataques de los merodeadores realistas contra sus propias casas si se alejaban mucho de ellas; no podían comprender el hecho, tan patente para Cromwell, de que un ataque resuelto y de buen éxito contra Newark purgaría toda una parte del país de aquellos molestos huéspedes.

Mientras tanto, los mismos habitantes de Newark, habiendo tenido noticia de las vacilaciones de sus enemigos y de su escasa fuerza, pensaron que algunos vigorosos ataques aislados contra los jefes del Parlamento bastarían para ahuyentarlos de Lincoln y dejar expedito hacia el Sur un ancho camino para el ejército de Newcastle. Aquellos soldados realistas estaban bien montados y se distinguían por su bravura, tanto que sus enemigos no habían podido resistir su empuje en campo abierto.

El 13 de mayo, numerosas fuerzas procedentes de Newark emprendieron la marcha para apoderarse de Grantham, y probablemente creían seguro su triunfo, tanto más, cuanto que las tropas estacionadas allí eran inferiores en número y se hallaban al mando de un jefe natural de Cambridge, de quien aquellos realistas no habían oído hablar nunca.

A dos millas de Grantham, los caballeros se detuvieron para formarse en línea de batalla, pues á los últimos fulgores del crepúsculo divisaron un regimiento que avanzaba hacia ellos.

A medida que las filas de los puritanos se aproximaban, los de Newark perdían mucha de su confianza al reconocer, por su aspecto decidido y la energía de sus movimientos, que aquellos hombres, dueños de sí, estaban ansiosos de batirse. Los caballeros, sin embargo, no tuvieron tiempo para hacer observaciones; siempre acostumbraban atacar los primeros; pero aquella tarde sus contrarios tomaron la ofensiva. Comenzó el combate por ambas partes con una descarga de los dragones (infantería montada, cuyas armas eran mosquetes cortos), y después Cromwell dió orden de atacar. La caballería entreabrió sus filas, situándose á un lado; los infantes, desenvainando sus pesados aceros, cargaron resueltamente contra el enemigo, y sobre la compacta línea de los caballeros el regimiento de Cromwell cayó denodadamente, arrollando todo cuanto se oponía á su paso. Este fué un hermoso triunfo para aquellas tropas inexpertas, pues los de Newark, además de ser dobles en número, eran todos hombres aguerridos. Bien recompensada quedó con esto la solicitud y paciencia con que Cromwell y sus oficiales instruyeron á sus soldados. El mismo Cromwell hace el relato del combate en una de sus breves y modestas cartas á sus jefes, cartas únicas entre todos los partes militares, y que llevan el sello indeleble de la personalidad del autor. La que reproducimos, primera que se publicó en los diarios del día, es digna de atención, tanto por lo que representa en sí, cuanto porque da idea de la sencillez y rectitud de carácter de Cromwell.

«Grantham, 13 mayo de 1643 (1).

»Señor: Dios nos ha concedido esta noche pasada una gloriosa victoria sobre nuestros enemigos. Según nos han dicho, llevaban veintiuna banderas y la caballería contaba tres ó cuatro escuadrones.

»Era ya tarde cuando salimos; el enemigo llegó y situóse frente á nosotros á dos millas de la ciudad. Entonces, sabedores de esto, avanzamos con nuestras fuerzas, consistentes en unos doce batallones, algunos de ellos muy quebrantados á causa de su fatigoso viaje por caminos infernales. Sin embargo, con este puñado de valientes se ha conseguido el triunfo: después de haber permanecido breve rato á la distancia de un tiro de fusil de nuestros enemigos, y cuando los dragones hubieron hecho fuego por espacio de más de media hora, viendo que no avanzaban, resolvimos atacar. Después de cruzarse muchos tiros por ambas partes, nuestras tropas se adelantaron á la carrera; el enemigo permanecía firme para recibirnos; pero nuestros soldados atacaron con tal furia, que aquél no pudo resistir; por la providencia de Dios fué derrotado al punto, y todos huyeron á la desbandada, persiguiéndoles los nuestros en el espacio de dos ó tres millas.

»Creo que algunos de nuestros soldados mataron dos ó tres hombres cada uno en la persecución; mas ignoro cuál fué el total de bajas. Hicimos cuarenta y cinco prisioneros, y rescatamos muchos de los nuestros, apoderándonos de cuatro ó cinco banderas.

»OLIVERIO CROMWELL.»

Esta victoria fué completa y muy importante, porque los de Newark no pudieron ya recorrer el país impunemente y apoderarse de lo que se les antojaba. Aquel encuentro é innumerables y ligeras escaramuzas, de las que apenas nos quedan ligeros indicios, prueban que el éxito con que Cromwell supo impedir las correrías del enemigo fué tan grande, que los Caballeros comenzaron á experimentar la misma inquietud y desaliento que hicieron sufrir á sus adversarios antes de la llegada de Cromwell. Para este último, sin embargo, aquellas operaciones militares fueron por demás desagradables; las emprendió porque no podía

(1) Carlyle, carta X, parte II, pág. 118.

hacer otra cosa, y todo lo llevó á cabo felizmente. Sus continuos é inútiles esfuerzos tendían sobre todo á persuadir á los demás á que le prestaran auxilio para destruir de una vez el avispero de donde salían las avispas que él debía aniquilar paulatinamente. Además de la decepción que sufrió al ver que no podía conseguir una combinación de las diferentes fuerzas para ejecutar las operaciones militares, Cromwell llegó á verse muy apurado por la falta de dinero y de víveres, dificultad que era mayor á medida que avanzaba el tiempo, hasta que al fin la situación llegó á ser casi desesperada. La verdad es que en aquel tiempo, reconociendo su falta de influencia, el retraimiento de sus amigos, lo escaso de sus propios recursos y el triste aspecto de la causa del Parlamento en toda Inglaterra, Cromwell hubiera desesperado de su buen éxito á no ser por su fe en que la mano de Dios estaba de su parte.

La siguiente carta dirigida al Comité de la Asociación de los Condados en Colchester da clara idea del estado de ánimo de Cromwell en aquel tiempo y su manera de juzgar á los hombres á quienes consideraba más responsables de sus desgracias. Con esta carta terminaremos nuestros informes acerca de la empresa acometida por el futuro Protector delante de Newark.

«*Al Mayor*, etc., *en Colchester.*

»Lincoln, 28 de mayo de 1643.

»Señores: He creído de mi deber escribiros una vez más para pediros refuerzos, que es preciso que se me envíen prontamente para el mejor servicio de la causa.

»Supongo que habréis oído hablar de la gran derrota sufrida por las tropas de Newcastle, gracias á los esfuerzos de Lord Fairfax en Wakefield (derrota muy oportuna y en poco tiempo conseguida). Fué una gran merced que Dios nos dispensó, y á no ser por esto, Lord Fairfax no habría sabido cómo salir del paso. Os aseguro que si las fuerzas que tenemos se diseminaran, nada se podría esperar sino una rápida marcha del enemigo contra vosotros.

»¿Por qué no nos habéis de enviar auxilios para que podamos sostenernos? ¡Juzgad hasta qué punto sería peligroso el descuido, y cuán perjudicial resultaría para vosotros mismos! Yo escribiré siempre lo que pienso y lo que siento, y no me cansaré de repetiros que os importa mucho convenceros de la veracidad de mis palabras. Lord Newcastle tiene cerca de seis mil infantes y unos sesenta escuadrones; Lord Fairfax cuenta con tres mil hombres de infantería y nueve escuadrones, y nosotros disponemos de veinticuatro de estos últimos, incluso los dragones. El enemigo se acerca más á Lord Fairfax, y de consiguiente nuestros movimientos y los vuestros deben ser sumamente rápidos, pues de lo contrario no se hará nada bueno.

»Si enviáis refuerzos, que vayan á Boston, y os suplico que apresuréis los auxilios, sin olvidar el dinero. En esto último no insisto con urgencia, aunque os

aseguro que lo necesito mucho, pues la infantería y los dragones están dispuestos á sublevarse. No apuréis mucho á un pobre caballero que sin hacer ruido desea dar su vida y derramar su sangre hasta la última gota para servir á la causa y serviros también á vosotros. No os pido dinero para mí, ni reclamo siquiera el pago de mis honorarios, pues si se tratara de esto, ni siquiera desplegaría los labios; no pienso en esto, pero con los demás no sucede lo mismo. Os ruego que apresuréis los envíos. No olvidéis vuestras oraciones.

»Soy, señores, vuestro affmo.

»OLIVERIO CROMWELL.»